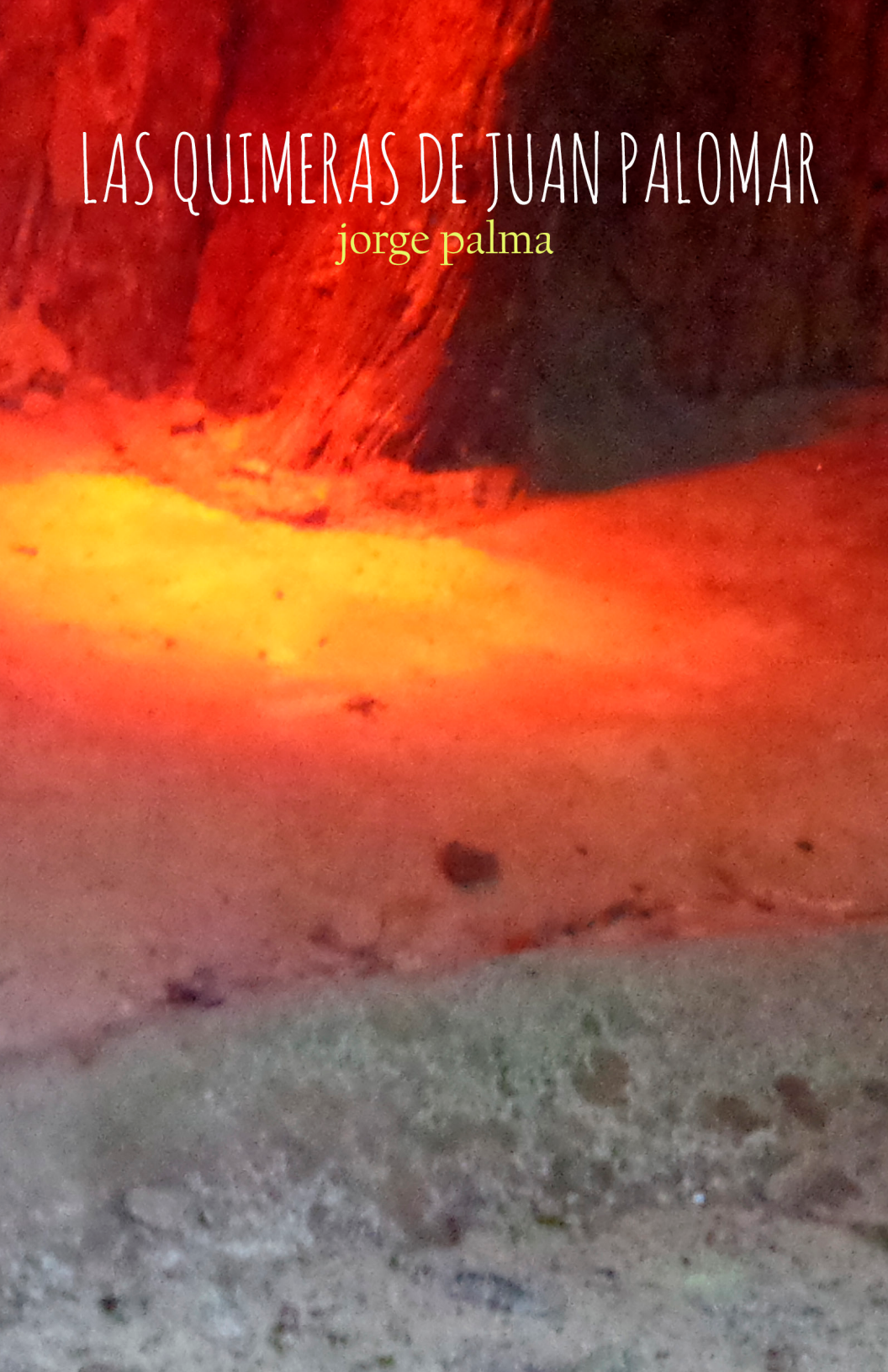


LAS QUIMERAS DE JUAN PALOMAR

jorge palma





Las quimeras de Juan Palomar





Colección Libros
Imposibles



LAS QUIMERAS DE JUAN PALOMAR

Jorge Palma

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2025-

Palma, Jorge / 1961

Las quimeras de Juan Palomar / Jorge Palma --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2025.

134p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 47>

<Digital>

1. Poesía uruguaya. 2. Literatura uruguaya.

I. Título.

Primera edición, 2025

Colección Libros Imposibles #46

© *Las quimeras de Juan Palomar*

© Jorge Palma

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico:

Florianio Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

El autor



*a Canciones para no dormir la siesta.
a la memoria de Horacio Buscaglia.
y a todos los que, como Juan Palomar,
creen que se puede pintar estrellas en el cielo.*

*La pelota que arrojé cuando jugaba en el parque
aún no ha tocado el suelo*

DYLAN THOMAS

I

EL PAÍS SIN LÍMITES



LOS PLENILUNIOS DE JUAN PALOMAR
LA NOCHE QUE LA LUNA LLENA RODÓ HASTA MIS PIES

“¿Le conté alguna vez, el día, mejor dicho, la noche que la luna llena rodó hasta mis pies?”

“Bueno...

Yo venía de la casa del titiritero, solo.

Los artistas salían del teatro del Sol:

magos, malabaristas, tragafuegos...

y el ventrílocuo con su maleta

de terciopelo rojo (en esto hago un alto,

porque Diógenes se resistía a llevar a Claudio

en la maleta. Consideraba y de buen tino

que Claudio no era un muñeco y que correspondía

que lo llevara, al menos, en andas, abrazado

a su pecho... pero vio usted cómo es la gente...

y pregunta, y mira, y lo peor, es que habla!!!

Así que lo llevaba en la maleta de terciopelo rojo,

con todo el dolor de su alma...)”

-¿Me decía?- dijo la voz cerca del farol.

“... Ah, si... le contaba: todos los artistas se habían marchado

del teatro de variedades. La noche estaba muy calma, serena,

como hoy... yo venía por el medio de la calle, como hago

siempre, observando la calle en perspectiva...

De vez en cuando se escuchaba sonar un grillo, y luego,

de tanto en tanto, otro ruido...

Cuando la vi venir, a ella, la luna. Enorme como un

edificio, una catedral, un barco... bola de tierra blanca,

apisonada, firme, llena de cráteres, allí estaba...

¿Qué podía hacer? ¿Y qué decir?

Nadie en la calle, y la luna ahora estaba en la tierra,

rodando por el barrio... apenas se movía, lenta...

¿Qué podía hacer? Sino dejarla seguir...
Entonces se movió despacio, muy lenta,
de a poco... y rodó un tramo y otro
y siguió rodando, lenta,
calle abajo
iluminando las casas
los árboles
las azoteas
los gatos negros
que la vieron por primera vez
tan cerca.

La noche aquella
que la luna llena
rodó hasta mis pies.

PLENILUNIOS ERAN LOS DE ANTES

“Plenilunios eran los de antes”
decía Juan Palomar, mirando
desde la ventana del viejo bar
EL PERRO QUE FUMA, una luna
de morondanga, colgada
de la rama de un jacarandá.

“Qué me vas a venir a hablar
de plenilunios a mi...” decía
Juan Palomar, y se reía
desdentado y altanero...
“sí yo la vi rodando por encima
de mi hombro, amarilla
como un queso, enorme
como el cielo,
cerca como tu rostro, muñeca”,
le decía a María Celeste
que se peinaba en el taburete
a la izquierda de Juan...

“Esas eran lunas”, decía Juan Palomar.
“No como estas de ahora”
Y María Celeste asentía pestañando
lejos del dolor y el frío,
con sus párpados turquesas
y toda la brillantina que encontró
en plaza Constitución...
y todas las pocas ganas
que le quedaban a esa hora
del sueño y lejos del lugar,

donde reponía fuerzas
o se escondía del domador...

“¡Sabés!”, le dijo Juan Palomar
a María Celeste...” ¿Sabés
que sos la mujer más linda
de la tierra?”

“Te parecés a aquel plenilunio...”
“No como estos de ahora”
“Estas lunas de morondanga”

LA NOCHE ILUMINADA

“Me acuerdo como si fuera hoy” decía
Juan Palomar, sentado en las piedras
más altas del río.

Me acuerdo del plenilunio más grande
que se vio en la ciudad.
Me acuerdo porque era marzo, y ya
estábamos en la escuela. En la costa
sólo andábamos Garbo y yo, porque
Run Run y Bubu, se habían marchado
hacia rato por la orilla de la playa,
en busca de plomadas y de unos extraños
caracoles rojos, que el tío de Bubu vendía
en la feria del domingo.

Era entonces el país sin límites
cuando la luna llena de marzo
bajaba a la ciudad
y ocupaba oronda
todo el ancho de la calle.

El barrio quedaba iluminado
y la calle principal, azulada
por la luz lunar...

Era entonces el país sin límites
cuando la luna-crisálida paría
su luz estelar y todos
salíamos de las casas como
si fueran las dos de la tarde

y hacíamos unos partidos de fútbol
maravillosos...

Hasta los árboles se curvaban
a nuestros pies.

“Me acuerdo como si fuera hoy”
decía Juan Palomar...” Me acuerdo
que después, cuando terminábamos
de jugar y nos íbamos a dormir,
abrazados y a los gritos,
la veíamos ahí nomás, oronda,
preciosa, ocupando todo
el ancho de la calle...

LOS ATARDECERES DE JUAN PALOMAR

I

Cada vez que los rojos atardeceres
rompían en el horizonte,
y las piedras del río
y las ventanas que dan al mar
y los barcos que pasaban
hacia las regiones del hielo
se volvían rojos,
Juan Palomar se olvidaba
de la furia instalada
en el aire,
del viento huracanado
del imperio,
de la condición humana
desvalorizada
en los últimos siete lustros,
y salía de su casa pobre
y sin chimenea
para ver ese inmenso espectáculo
que Dios le ponía a sus pies
cada semana y sin titubear.

Todo se volvía rojo:
rojo estirado mantel florido
rojo cortina
piso rojo comedor ensalada
rojo de arriba y abajo
rojo de techo y paredes
rojo en los ojos

rojo en las retinas
rojo en los párpados
y pómulos de los amantes
y en las manos
y el pecho de Juan Palomar...

Y eso no duraba mucho, claro,
un parpadeo, tan sólo
un parpadeo, que Dios
ponía a sus pies,
cada día
y sin titubear.

II

Media ciudad se tiñó de rojo
a esa hora
en que los gatos regresan
a los patios
y abren con una pata
las ventanas...

Juan Palomar, recostado
al viejo mostrador del bar
EL PERRO QUE FUMA, decía:

“Las viejas usinas de la ciudad
llegan a tiempo con el atardecer de hoy”

“¿Usted sabía que cada vez es más difícil
hacer un atardecer diferente”

“El de hoy tiene un poco de verde...
¡Pero no se crea, eh!
Ya casi no quedan esos colores
tan bonitos...”

“Rojos y naranjas, sí.
Es lo que sobra.
Los otros colores...”

(y se reía, desdentado. Y su sonrisa
era un pájaro.
Por eso lo amábamos)

III

Juan Palomar tenía patente de soñador.
Y no le importaba exclamar
en cualquier lugar de la ciudad:

“La mujer que amo vive
en una casa cerca del mar”

“Cada atardecer me subo a la rama
de cualquier árbol, para verla”

La mujer que Juan Palomar amaba,
lo sabíamos bien,
se le metía en los sueños,
se le enredaba en las piernas
se le ponía de sombra
y de sombrero

y la colgaba
y descolgaba de los percheros
la llevaba a la peluquería
al teatro
al carnaval
al baile de máscaras
y a los velorios...

Y de regreso a su casa
silbando solo
por el medio de la calle,
la conversaba al oído.

Tan cerca la tenía,
que bastaba con susurrarle
despacito, la canción
que a ella tanto le gustaba.

LA PLAYA EN INVIERNO

Entonces la playa en invierno era
una playa de otro país: la arena gruesa,
manchada de alquitrán, ramas como
delgadísimos brazos desperdigados
en la orilla, restos de una batalla
anterior al tiempo, en un lugar
fuera del tiempo.

La niebla, el olor del río revuelto,
el frío del aire cortando la cara,
apenas doliendo,
un viento rastrero que venía del sur
metiéndose por los viejos zapatos,
por los bajos de los pantalones
que se movían como alas de mariposas.

En el país seguro, las estufas ardían
al ritmo lento del kerosene,
infatigables y nobles
como abuelas de agosto,
empañando los altísimos vidrios
de la puerta cancel.

En invierno, se sabía,
la playa, era la playa
de otro país.

POR ENCIMA DE LOS ÁRBOLES

A Juan Palomar le gustaba ir
al parque infantil en invierno
porque entonces lo dejaban subir
a los juegos: dar una vuelta en tren;
aterrizar en Marte; soñar sobre un viejo poni
que esa tarde era el Señor de los caballos...

La plaza vacía.
El parque infantil somnoliento.
Charcos de la última lluvia,
desperdigados.
Bolsas de pop como racimos...

Y una jaula de monos
sólo para él.
Y un tobogán (el más ancho, el más sano,
el mejor lustrado), sólo para él.
Y una hamaca azul
y chillona
que lo levantaba
en el sueño,
que lo subía al cielo
de su infancia
por encima de los árboles,
por encima de la soledad
la lluvia
y el frío del invierno.

LOS DIAS DE NIEBLA

Cada vez que la niebla
que subía del río
visitaba la ciudad,
las casas se iban borrando
lentamente
las calles desaparecían
y sólo se veían, apenas,
los faroles de las plazas
encendidos como pequeños faros...

Salíamos, decía Juan Palomar,
y jugábamos a perdersenos...
Nos desperdigábamos
en la cuadra y nos llamábamos
de vereda a vereda
y sólo se escuchaban las voces...

Me gustaba escuchar a los grandes
del río dulce, decía Juan Palomar,
me gustaba cuando hablaban
de las cosas del mundo...

Algunos hablaban de la guerra
y cómo determinadas personas
habían perdido todo, incluso
las piernas y los brazos, y vivían igual,
de brazo en brazo, y la cama era
pequeña como un moisés,
o un capullo de seda (eso lo visualizó
Juan Palomar, agregando: “para mi es
de color amarillo”)

Pero lo que más disfrutaba Juan Palomar
era cuando el padre de Ernesto, que era enfermero,
contaba las andanzas de la niebla, de dónde
había venido, que era tan vieja como el mundo,
y que había llegado a este lugar en los barcos
de madera que fondearon en la bahía (“por eso
la niebla de este lugar, tiene olor a humedad,
por la madera de los barcos...”)

Una noche muy fría, nos había contado,
que a su abuelo se lo había llevado la niebla,
que estaba pescando en la escollera, cuando
subió la niebla (que venía en un banco)
y se lo llevó...

Mi padre decía que la niebla
tenía brazos largos y piernas potentes,
y que era mejor no desafiarla
ni ponerla a prueba,
porque su cuerpo era interminable
y no se sabía nunca cuánto se quedaría
y cuántos se llevaría esta vez.

Estas historias se hablaban
cuando había apagones
y los mayores de la casa
alrededor de un farol a mantilla
nos contaban cómo era la ciudad.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ...

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL SILENCIO

Cuando Juan Palomar descubrió el silencio, se dio cuenta que ahora podía escuchar otras cosas, como por ejemplo...

... las risas de alguien que traía el viento; o el sonido del gran escobillón de un barrendero, empujando las hojas que tiraba al suelo el otoño...

... o el crepitar de las fogatas en el barrio, el repentino vuelo de una paloma, de un árbol a otro árbol...

Se dio cuenta que podía escuchar su respiración, y el roce de su ropa con el cuerpo (al ponérsela o sacársela); del sonido del agua de las canillas corriendo por las cañerías; el pequeño repicar del calefón; el particular sonido de la saliva al tragar...

Cuando Juan Palomar descubrió el silencio, se dio cuenta que podía escuchar otras cosas...

... las burbujas en la olla que preparaba la comida; la tijera cortando la tela (incluido el hilo de coser); el frágil sonido de las primeras gotas de lluvia en los vidrios de las ventanas, en la tierra o el pavimento...

... el pulso, los latidos...

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ LAS ESTRELLAS

La abuela le había dicho: “No cuentes las estrellas con el dedo, porque te van a salir verrugas en la mano...”

Juan Palomar no creía en eso. Pero en cambio creía en las estrellas. Y en las rutas del cielo, y en las estrellas fugaces, los cometas y el mismísimo cielo.

... y el color tinta azul profundo de las noches de invierno; azul traje marino del abuelo; azul capitán mercante; azul tela de cortina del cuarto de su hermana; azul profundo de overol, de bolita, de trompo y cartel taller mecánico...

Juan Palomar creía en las estrellas, y en las constelaciones, y en la Cruz del Sur verdadera, que le enseñó a querer su padre y cómo calcular y saber, y medir en el cielo... y saber que allí estaba su casa, su río, su jaula abierta sin pájaros ni palomas, y un enorme balcón de granito rosado que llamaban rambla, donde la gente iba a pasear, y Juan Palomar a ver el espectáculo del cielo, las luces fugaces que cruzaban el firmamento, y contar las estrellas con un dedo, muy despacito, porque eran miles...

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ UN TORNADO

Lo primero que pensó fue que de lejos parecía un trompo, un cono de sombra, un espiral de miedo...

Todo era muy rápido. Por eso, lo que le había parecido al comienzo, cambió deprisa...

“El problema es cuando toca tierra” le habían dicho, porque entonces podía llevarse lo que encontrara a su paso: árboles, pájaros, casas, la propia escuela...

Aquella tarde el tornado andaba dando vueltas por el horizonte, deambulando lento, sin decidirse a bajar...

De todos modos, Juan Palomar, al salir de la escuela, corrió a su casa para poner a salvo las bolitas, la cometa que le regaló el abuelo, y las dos plantas que tenía en la ventana de su cuarto, y llevaban nombre de niña.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ LA LLUVIA

Cuando Juan Palomar descubrió la lluvia, avanzó un par de metros hasta llegar al umbral de la puerta de su casa, y estirar un pie descalzo para tocar, apenas, el agua que caía del cielo...
... entonces descubrió con alegría que esa agua no dolía, que era buena, y que incluso se podía beber.

... descubrió que el agua era dulce, cristalina, y según la época del año, fría o caliente...

... cuando Juan Palomar comprobó que la lluvia no lastimaba, que era buena y resuelta, que caía de forma caprichosa (a veces, según el viento, lo hacía de costado); otras veces caía vertical, más dura, enérgica, como piedras largas o como agujas...

... pero descubrió que además de lavarse la cara, las manos, los dientes, podía juntar agua en tarros, peceras, palanganas; que podía incluso llevar agua a otras casas, si era necesario, y que con el correr de las semanas y los meses, esa extraña maravilla que venía del cielo, volvería a repetirse, y así por los siglos de los siglos.

A JUAN PALOMAR LE GUSTABA

A Juan Palomar le gustaba pensar
que el color de los ojos dependía
del lugar de nacimiento.

Por eso decía, con su mejor tono de voz:

“Los que han nacido mirando el océano atlántico,
tienen los ojos verdes; los que han nacido mirando
el pacífico, azules”.

Verde profundo, los que vienen
de los bosques.

Marrones, los que vienen
del campo.

Negros, los que han nacido
de noche

o mirado el universo
con atención,

y escuchando, de un solo golpe,
el silencio oscuro de la muerte.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL TRUENO

Cuando Juan Palomar descubrió el trueno
imaginó que siete mil tambores
golpeaban al unísono dentro de esa
nube negra que rodaba por el cielo.
Y golpeaba contra las paredes del aire
contra el techo del mundo
contra la caja acústica de su pecho.

Todo temblaba entonces, no solo el cielo.
Temblaba el suelo, las rodillas, su pecho,
las manos
el corazón
que hasta hacía unos minutos
era un pájaro alegre
una canción de colores
una boca roja con alas
un sueño que agitaba sueños
y cruzaba el horizonte
alegremente.

Cuando Juan Palomar comprendió
lo que era el trueno, dio un paso
al costado y mirando de reojo
aquel esperpento
asumió que ese ruido oscuro
era algo muy serio,
que no estaba dispuesto
a ponerlo a prueba
y que luego de haberse atado
el pecho,

clavado la ansiedad al suelo
amarrado su fugaz existencia
a un árbol sin hojas,
aguardó que se disipara,
que adelgazara/huyera
hacia otro confín/otra patria
hacia otro revoltijo de tripas
y calamidades,
y entonces él volviera a ver
el cielo limpio
intacto
como recién nacido,
lejos ya, de sus últimos
días de Mayo sobre la tierra.

CUANDO JUAN PALOMAR VIO POR PRIMERA VEZ UN TEMPORAL

Lo primero que pensó fue que el cielo estaba muy enojado y por eso se sacudía y volaban las hojas de los árboles, y las luces encima de las nubes parecían locas...

Y después pensó que si eso que se movía no terminaba nunca, ningún trineo volvería a cruzar el cielo, ni tampoco ningún pájaro, posaría sus patas sobre una rama. Revoltijo, nervios, un espasmo en el cielo, un cólico que viajaba de norte a sur; giraba, y lo hacía de este a oeste, sin detenerse, sin claudicar.

Se sacudía el cielo los árboles las marquesinas del centro, las estrellas, los avisos en plena vía pública los carteles que anunciaban el menú del día los juegos que esa tarde Juan Palomar postergaría, porque el cielo que parecía un río, estaba revuelto y de un momento a otro empezaría a ver pasar los árboles encima de su cabeza, dos o tres perros, un techo, un tacho de basura, todas las flores de la florista del barrio, las túnicas de sus compañeros de escuela, la ropa tendidas de las cuerdas, todos los pájaros del cielo, atravesados por las ramas. Se sacudía el cielo los árboles las casas las casillas de los pescadores los sueños de Juan Palomar la campana de la iglesia donde se casó su madre, las veredas los vidrios de las casas. Se sacudía el cielo, como si de un momento a otro alguien los fuera a doblar como un pañuelo una sábana una bandera, antes que el temporal lo deshilara, lo hiciera trizas, como un simple trapo descolorido, agitándose sin rumbo en la tarde cenicienta.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL RELÁMPAGO

Cuando Juan Palomar vio por primera vez un relámpago cruzando el cielo, pensó en las fotografías que su abuelo le sacaba a los artistas del teatro (chisporroteos de luces/griterío/escandalete); y fogonazos de los casamientos y las reuniones... Cuando Juan Palomar vio a los relámpagos corriendo por el cielo, trepó al árbol más alto de la cuadra, a la altura más alta del barrio, al punto más lejos de la tierra que pisaba con seguridad, y desde ese balcón privilegiado, ver ese racimo de luces, esos chispazos de plata fugaz, como si su abuelo estuviera sacando fotos a los artistas a la salida del teatro; fogonazos en el cielo recortando la silueta de la ciudad junto al río. Y los deseó tener en un puño en un bolsillo; en el bolsillo trasero de su pantalón de lana, en una caja de ébano encima del ropero, en una botella azul, o en un cofre atado con siete cadenas. Y ponerle a cada uno un nombre, un acento un tilde, una muesca para cuando los volviera a soltar, y pudiera reconocer quién, a esa altura de la tarde, estaba cruzando el cielo, sacando chispas y fotografiando su cuarto con guirnaldas.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL FUEGO

Cuando Juan Palomar vio por primera vez una fogata, le sorprendió que esa peluca naranja junto al cordón de la vereda, diera tanto calor, que los mechones rojos que daban latigazos en el aire, subieran más y más al cielo del invierno, que sonara como ramas que se quiebran, como pequeños aullidos.

Cuando Juan Palomar vio por primera vez una fogata, lo primero que pensó fue que habían desperdigadas por toda la ciudad, cosas más locas que su cabeza, y que no sólo no le molestaban esas pelucas rojas, que ardían en todas las esquinas, sino que le alegraban las tardes de invierno.

Luego fue encontrando en su camino hermanos de fogata, y tíos de fogata, y antorchas y fósforos que en medio de la noche, sacudían su pequeña melena roja, y encendían todos los faroles de las casas más pobres del barrio.

Y también comprobó, que había distintos fuegos: fuegos altos y bajos; fuegos intensos y bobalicones; fuegos leves, mansos y belicosos, y también intrépidos y de esos que de sincopados que son, parece que aplaudieran en el aire. Y se envalentonaran cada vez que una ráfaga de viento, les levanta la falda o les infla la camisa.

Juan Palomar fue entendiendo que había fuegos de todo tipo y calibre en la viña del Señor; que había fuegos falsos y verdaderos; fuegos de salva y fuegos derecho al corazón; fuegos que enfurecían, fuegos que purificaban, fuegos que dolían en el alma, el pecho el recuerdo, fuegos que calentaban el alma o simplemente los pies.

Fuegos arbitrarios, coléricos, ausentes; fuegos mortales y fuegos de artificio, fuegos caros y baratos, fuegos que lo acompañarían la vida entera y luego también, cuando alguien, haciendo fuego, a solas o en compañía, se acordara de aquel

muchacho fantasioso que quería ser pintor, y que sin vocación ninguna para dibujar un árbol, se dedicó a pintar el pecho de los hombres con palabras, que según él, venían del cielo.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL GRANIZO

Fue una tarde, al salir de la escuela, cuando el cielo se apagó de golpe, y la luz del aire quedó a oscuras, y se hizo de noche a las cinco de la tarde, y empezaron a caer piedras del tamaño de un limón, abollando los pocos autos que andaban por la ciudad.

Y cayeron en el patio amarillo de la escuela, y en los patios de las casas, y rompieron los vidrios de las claraboyas, y abollaron los nidos de los pájaros, y las plumas de los pájaros, y el cuerpo de los pájaros; piedras de hielo, piedras del cielo que caían del tamaño de un limón.

Alguien dijo, desde un balcón: “Yo me las llevo a mi casa, para hacer un muñeco, un tobogán, una montaña en el patio”. Mientras otros corrían por las calles ente las piedras frías que había lanzado el cielo.

Hubo quien, aprovechando los favores del firmamento, cargaron baldes, palanganas, bolsas de nylon, para guardar el granizo y luego tener agua gratis para lavarse el cabello el rostro, las encías, el patio de las casas los zaguanes y cantarle en la cara “antón pirulero” al tomador de consumo por unos meses más.

Para entonces, el barrio era otro, cuando el granizo del tamaño de limones huían en la tarde, cuando los muñecos los toboganes las montañas de hielo se evaporaban se iban solas por los hilos de agua que corrían por las calles los cordones las bajadas rumbo a las bocas de tormenta; hilos de agua fría, ríos diminutos que llegaban del cielo, y que ahora solo sabían de rezos, súplicas, exclamaciones, para que volvieran las piedras del cielo, que hacían del barrio otro lugar, un sitio único, donde el granizo que cayó esa tarde, tenía, “sí, señores” el tamaño de un limón.

CUANDO JUAN PALOMAR DESCUBRIÓ EL MAR

Cuando Juan Palomar descubrió el mar, pensó que el cielo se había caído de golpe, entero, todo junto y sin avisar, y que ahora flotaba sin saber bien si iba para el norte o para el sur... Entonces le dijeron que era un río, que no era mar, y que el 80% del planeta estaba cubierto por esa masa de agua, y que el color dependía...

Pero Juan Palomar miraba el agua del río y pensaba en un pañuelo celeste o azul como el color de ciertas aves, como el color del cielo que es una sábana recién lavada y tendida al sol...

¿Quién mueve la piel del agua?

¿Quién sacude ese inmenso mantel?

¿Es el cielo que ahora está a mis pies?

¿Y las estrellas? ¿Y la aurora? ¿Y la luna de marzo?

¿Están bajo mis pies?

Juan Palomar tocaba el agua del río y pensaba: “estoy tocando el cielo”,

y veía la profundidad del firmamento, a pocos metros de sus pies. Y si caminaba, si avanzaba, entonces entraba al cielo, que era, lo que soñaba cada noche, desde la ventana fresca de su cuarto.

A Juan Palomar le habían dicho: “Allá está el mar del Norte”. “Aquel es el mar muerto” “Ese es el mar rojo” Pero Juan Palomar miraba el agua del río y pensaba en un pañuelo, que podía doblar el mar como si fuera un pañuelo, y luego llevarlo dobladito en un bolsillo del saco la camisa en su chaquetón azul marino, que se ponía todos los inviernos para pasar revista a las olas, que rompían en los viejos espigones de su infancia.

CUANDO JUAN PALOMAR SINTIÓ EL VIENTO

... lo sintió primero como una caricia; era un viento chiquito, suave, al que le llamaban brisa...

Pero pronto supo que el viento tenía muchas formas, que a veces subía hasta las cimas del cielo y se lanzaba a la tierra en caída libre, atravesando las nubes, perfumando la tarde o la mañana...

... que otras veces era traicionero, arrachado, que venía torcido, de costado, murmurando maldiciones, masticando negruras, escupiendo agua sucia; poniendo a trabajar a todo el cielo solo para él, porque cuando el viento arrachado venía, todo el cielo estaba a su favor.

Viento loco, viento del norte, cargado, húmedo, eléctrico, como si alguien lo hubiera golpeado con un palo en las piernas; venía loco, eufórico, con ganas de pelear, de tocar todas las paredes, todas las ventanas, todas las polleras... viento que tuerce intenciones, que golpea paredes de mampostería.

Y qué decir del viento del sur, del viento del polo, ese que trae el frío en las manos, que llega galopando ente nubes de polvo frío, que se lo ve venir cabalgando en un corcel gélido, y entra a la ciudad por el puerto y la costa, y sube a las casas, trepa los escalones, se mete por las ventanas, las rajaduras del piso, las tablas flojas y las suelas de los zapatos. Entonces todo se congela, y la vida parece más triste todavía.

Viento que seca la ropa tendida en los alambres.

Viento que se lleva las nubes y el polvo.

Y las cosas más terribles de la tierra.

CUANDO JUAN PALOMAR VIO POR PRIMERA VEZ UN ARCOIRIS

Cuando Juan Palomar vio por primera vez un arcoíris, pensó que los lápices de su flamante “Caran Dache” habían volado al cielo, todos juntos y sin pedir permiso.

Azul de cielo, verde malaquita, amarillo de girasol rabioso, rojo atardecer en la costa de la patria, decía Juan Palomar, mientras miraba al cielo “Caran Dache”...

Y grises para las sombras, y marrones con los que pinto arbolitos, ahora están todos viviendo en el cielo.

Azul Francia, verde pasto, naranja y amarillo sonriendo de punta a punta del cielo, como un puente que sale del pecho y vuelve al pecho.

“Arco iris, arco iris”, pensaba Juan Palomar, colores de mi “Caran Dache” que subieron al cielo.

Por eso, cada vez que miraba al cielo y veía un arcoíris, decía: “Arco iris, arco iris” “Colores de mi Caran Dache”.

II
PARTES DEL DIA

*... las sirenas de los petroleros
no dejan reír ni volar...*

JOAQUÍN SABINA



MAÑANA

Los pájaros cantan y no se escuchan.
Quien no conociera el canto
de los pájaros, creería que emiten
sonidos de bocinas y camiones.

Empecinado, doliente, mordiendo furia negra,
Juan Palomar busca por las calles
escuchar la voz del viento,
el sonido de la lluvia
escuchar al hombre sin ruidos adicionales
escuchar el roce de las manos
el sonido de los besos
el sonido puro y simple
de los vendedores de fruta,
limpio, sin aderezos,
como era cuando no había sirenas
aviones motores fuera de borda
máquinas del tamaño de un planeta
cuando había pájaros
en las ramas de los árboles
y la gente silbaba por las calles.

Empecinado, doliente, mordiendo furia negra,
Juan Palomar se vendó los ojos y salió
a buscar la voz del viento
entre los edificios,
entre la gente
en los callejones y las plazas
en las esquinas
donde se hacía remolino.

Y siguió de largo
buscando de igual modo
el sonido de la lluvia
ahora que protestaba el cielo,
y caminaba de costado
buscando el sonido del agua
delgadísima y pura
repiqueteando
en las calles de la ciudad.

Y se detenía de golpe
buscando el roce de las manos
el sonido de unos pasos
el sonido de unos besos
como era cuando no había
sirenas aviones motores fuera de borda
partiéndole el pecho al equilibrio
cuando había pájaros en las ramas
de los árboles,
muchísimos años antes del diluvio.

MEDIODÍA

Pía un pájaro, y luego otro.
Una sirena en el puerto
provoca una estampida
un corrimiento en el cielo.
Las aves menos afortunadas
se dan contra los viejos mástiles
y caen sobre las cubiertas
abandonadas de los barcos
de la segunda guerra.
Siete ángeles, en cuclillas, suben
sus oraciones con poleas, y aguardan
su bendición bajo un cielo de barro.
(hay problemas de conectividad)

Mediodía en las ventanas del sur.
Mediodía en las ventanas de su pecho
donde el ruido abre surcos
de forma innecesaria,
y estallan, al unísono, todas
las llaves térmicas de los
hospitales psiquiátricos.

Juan Palomar sabe de sobra
que en las clínicas privadas
amortiguan el ruido con bolsas
de arena y almohadas
llenas de pedregullo y estopa.

Sin embargo, en la viña del Señor,
los transeúntes se rasgan

las vestiduras con desesperación
mientras a los saltos
se tapan los oídos con algodones.

Una vez más, los ángeles
refuerzan sus oraciones
desde las cornisas, para estar
más cerca del cielo, sin embargo,
14 pares de alas agitándose
en las alturas
no pueden con ese ruido ensordecedor.

¿Qué hacer?
El barullo está en alza
y para colmo de males
9 remolcadores arrimaron hacia el puerto
una ballena agonizante
cuyos gemidos terminaron
de descoser la mitad del cielo.

En el delgado límite de la razón
Juan Palomar creyó oír
un ligero crujir de huesos,
un giro de rótulas
una crisis de fémur
y su costillar sonando
como si no fuera suyo,
y sólo él, se muriera
ese luctuoso mediodía
por escuchar el sonido de los pájaros.

TARDE

Los barcos pasan lejos en el horizonte
como embarcaciones de papel
movidos por alambres.
Un teatro marino para los ojos
un tinglado
una representación.

La ciudad se tiñe de rojo,
crepuscular y ausente
y a Juan Palomar
se le hace un hueco en el pecho
se le hace agua el corazón
se le hace nube nido andén
plataforma de miedo
cada vez que suena una bocina
una máquina de perforar asfalto.

Una pala mecánica, deja caer
sobre la tibieza del día que termina,
media tonelada de sinrazón
media tonelada de barullo.
Un crucero de nueve pisos
atraviesa la cocina de su casa
y lo desarma en décimas de segundo,
al tiempo que las grúas del puerto
como grises dinosaurios
dejan caer oxidados contenedores
en una playa de chatarra.

La inesperada muerte de un Ministro
agrega a la tarde, siete cañonazos de salva
moviendo las cortinas del día.

¿Qué hacer?

Es como tener un hidroavión
en la tasa de café con leche.
Como despertar
con una sierra circular
debajo de los párpados.
Como ser interrumpido
por la turbina de un Boeing
cada vez que Juan Palomar
entra a la panadería
o intenta saludar
a la mujer del verdulero
con más intención
de llevarla a dar un paseo
por la luna,
que comprar, sin ganas, cuatro
kilos de berenjenas
para hacerlas al escabeche.

NOCHE

La tierra gira bajo
un manto de estrellas.
Suenan tres disparos sucesivos
y las alarmas de las casas
y los autos
se alternan en la noche musical.
Un perro ladra
y se le suman cuatro perros más.
Suenan bombas y una bengala verde
anuncia que la droga ha llegado al barrio.

La tierra gira bajo
un manto de estrellas
y Juan Palomar, gira
también bajo un manto
de estrellas.

Sabe que allí arriba
no hay disparos
ni sangre en las calles
ni casas abandonadas
donde se hacen abortos
ni los vendedores de droga
cambian una pequeña dosis
por un televisor,
ni un niño de 8 años
por un auto,
ni una pierna ortopédica
por un lavarropas.

Allí arriba no hay disparos
ni calles con faroles rotos
ni sangre en las esquinas
ni cadáveres
en la última fila de los cines.
A nadie se le ocurre
secuestrar a la luna
ni dispararle una metralla
hasta hacerla un colador.

“No quiero acostumbrarme
al ruido de las balas”
decía Juan Palomar,
ni a la ciudad sin árboles
ni a una tarde sin pájaros
ni a una vida de huesos
ni a escuchar cómo suena
por las escaleras sucias
del suburbio
una pierna ortopédica
atada a la cintura
de un reductor.

No quiero morir de golpe
en una ciudad sin sombra,
decía Juan Palomar.
No quiero llorar de pena
en las puertas
de las casas abandonadas
ni en el patio trasero
de las clínicas clandestinas

No quiero, decía Juan Palomar,
escuchar los disparos
que atraviesan mi jarro de leche
que sacan viruta a los pisos
que soplan el polvo
de los artefactos
que afeitan a mi padre
de madrugada
que le sacan pasaje de ida
a mis hermanos.

No quiero morir de miedo
en una ciudad sin sombra.
Quiero el silencio sagrado
del cielo
para seguir creciendo.

III

LA EDAD DEL VIENTO

Acuérdate que mi vida es viento.

JOB Cap. 7 – Vers. 7



LA EDAD DEL VIENTO

Cuando Juan Palomar tenía 5 años
creía que el mundo era llano
como un plato como un disco,
maleable como un pañuelo,
pequeño como la cabeza de un alfiler
y cabía en un puño en una caja de fósforos
en un grano de arena;
que el sol salía de la ranura
de una alcancía,
que el viento que movía
las cortinas de su cuarto,
lo traían las mariposas, agitando
despacio sus alas tornasoladas.

Cuando Juan Palomar tenía 8 años
creía que la luna dormía
en un hangar del puerto,
y que el hombre más viejo de la tierra
subido a una escalera interminable
limpiaba con un larguísimo lampazo
los restos de basura sideral
depositados en el rostro alegre
del satélite de plata.

Cuando Juan Palomar tenía 9 años
creía que podía volar como los pájaros
y que con una piedra roja en cada mano,
podía atravesar la casa, pasar despacio
por los cuartos encendidos
y seguir de largo sin tocar

ningún mueble,
liviano por el aire, como un pájaro
una pluma
una nube con forma de aeroplano,
y ver entonces
lo que tenía reservado el señor
del tiempo,
qué tesoros había sepultados
bajo delgadísimas capas de polvo
sobre los armarios las alacenas
las lámparas más altas del hogar.

Pero un día de Janeiro, cómo olvidarlo,
un sol negro, ardiendo, se posó
sobre sus 9 años, encima de sus huesos,
mordiéndole los pies,
las uñas los días por venir,
y se le instaló una fogata
en las vísceras
y un río de lava incandescente
se le subió a la frente,
a la corona, a los sueños
de aviador;
un río revuelto
un tornado de fuego líquido
un tsunami
que le borraba la niñez,
una ola caliente
de lodo quebradizo.

Un día tórrido, completo,
impertinente,

que le desarmaba el esqueleto.
Que apilaba los huesos
en una montaña de herrumbre,
y sacudiéndolo
como una bolsa de escombros
lo dejaba arrumbado
en un rincón del cielo
en una esquina del llanto
en una habitación oscura y fría
temblando
golpeado sin pausa
por un reloj sin manecillas.
Y entonces habló su cuerpo.
Se quejó y ardió
durante nueve días; sintió
cómo crujían sus huesos
cómo estornudaban sus vísceras
cómo su sangre, hecha remolinos,
golpeaba las débiles paredes
de un cuerpo atrapado
en medio de la sombra,
un trueno en mitad del bosque
una lluvia torrencial
movida por la furia
una rueda dentada
que lo subía y lo bajaba
del cielo
de las ventanas del barrio
de las azoteas de su país boreal
de las ramas de su galaxia
de su teatro de títeres
de su bicicleta naranja

anclada ahora en un pantanal
de vino agrio,
centinela maldito
hambriento perro mordedor.

Se pensó que se moría.
Que durante ese sueño diurno
ardiendo en un caldo primordial,
le crecerían alas oscuras
y siete dedos negros
abriendo sepulturas;
y se sortearía qué día frío
de la semana
se moriría para siempre,
sin embargo, algo sucedió
en el cielo,
algo, acaso, que no estaba
previsto en el calendario personal,
en el renglón
del cuaderno celeste.

Dicen, entonces, que aquella noche,
el cielo rezongó más de la cuenta,
que pataleó como nunca,
que hubo relámpagos
en el horizonte
y luego, un silencio
se instaló en el pecho
de los hombres de ciencia,
en el aire; se dijo
que descendió la luna
a las profundidades del llanto

y comenzó de nuevo
a armarse el mundo,
a ordenarse el barrio
a subir, desde los pies del día
la luz que había estado secuestrada
en los sótanos de la desesperación.

Y se recuperaron los párpados marchitos
y volvieron los pliegues
y las distinciones de su cara,
y los ojos, se humedecieron
cuando el cielo tronó como nunca
y una fiesta de relámpagos
iluminó la noche entera
el viejísimo horizonte.

Cuando Juan Palomar tenía 9 años
no supo entonces
que estuvo a 7 milímetros
de la muerte,
porque aquel día de Janeiro
en medio de la playa
solo atinó a tomarse la cabeza
cuando sintió que un sol negro
se le posaba en la frente
y ardía como una fogata.

Cuando Juan Palomar tenía 10 años
su vida se dio vuelta
como un guante;
lo cuidaban entre lámparas y algodones
lo estudiaban con lupas

y microscopios
lo seguían con reglas
y calibres,
le cronometraban la risa
la tristeza las palabras
las pulsaciones del día de la noche
y de los días que estaban por venir.
Porque a veces Juan Palomar
se encontraba quebradizo
como la escarcha
o mojadito y frío
como el rocío
o bañado en lágrimas
como si lo hubiera
alcanzado un chubasco
al salir del sueño.

Hubo días delgados como hojas
de cuaderno
y cortos, como un chasquido de dedos;
entonces le relampagueaba la sonrisa,
se le oscurecía la mirada
el río que tanto amaba
retrocedía
y una mano enlutada
le sacaba las estrellas del cielo.

Mientras lo cuidaban entre
lámparas y algodones
le cronometraban la sonrisa
y anotaban en un cuaderno verde
las pulsaciones bajas

que gobernaban la tierra
por aquellos tristes días de la lluvia.

A los 12 años, Juan Palomar
hacía rato que tenía patente
de soñador,
de fabricante de mitos y leyendas,
que lo llevaban con escaleras al cielo
y cuerdas gruesas
que lo rescataban de la sombra
y los huracanes.

Cuando Juan Palomar despertaba
lleno de pájaros, se preguntaba:
“¿Qué haremos hoy?”
y se lo decía
a su corazón sonoro
a sus manos que volaban
a sus piernas elásticas
prontas a saltar al centro
del clamoroso día.

Manos en el cielo de su infancia.
Manos como pájaros
en un cielo alentador.

A los 12 años, Juan Palomar
pintaba pájaros
con los colores del cielo,
coleccionaba lluvia
en frasquitos diminutos,
guardaba en un cofre, tierra

de los lugares
más distantes del planeta;
bolsitas de terciopelo
con polvo rojo de Palestina
y de Jordania,
con tierra de Mongolia
de África de las plantaciones
de algodón
tierra negra del Transvaal
tierra verde de las regiones vegetales
y agüita azulada
de un glaciar.

A los 12 años, Juan Palomar
coleccionaba mapas
fotografías de huellas
en la arena
plumas que los pájaros
dejaban en su ventana
boomerangs que fabricaba
en el altillo de su casa,
entre cometas de vivos colores
y marionetas.
A los 12 años, Juan Palomar
soñaba con ser marino mercante
alpinista
tripular un barco negro
sumergiéndose en lo más
profundo de la jungla,
o buscar el temible sur del continente
encender el faro del fin del mundo
hacer su vida trashumante

sin avisar
huyendo con un circo
sin animales
con una troupe de forzudos
con una banda de músicos
alegres como pájaros
cruzando las fronteras
inventadas de la tierra.

A los 12 años, Juan Palomar
tenía tatuado a la altura
del corazón, el nombre
de su perro muerto.
Y dos cráneos humanos
en su habitación que miraba al río.
Y una valija de cartón
llena de piedras de colores.

A los 12 años, Juan Palomar
se vestía de marinero
o de pirata
y andaba en zancos por el barrio
llevando la bandera del cuadro
de sus amores.
Rimaba sal con pimienta
Y le gustaba decir “toc-toc”
cuando llegaba a la casa de fulano.
Y “rin-rin” cada vez que
se paraba en la puerta de mengano.
Y “ji-ji” acariciándose
la barriga cuando terminaba
de almorzar.

Y subir a la azotea de su casa
los días de tormenta
y contar los rayos que caían
en el mar, torcidos como alambres,
y sentir el viento en la cara,
que lo movía, lo sacudía,
y lo empujaba a seguir
con su fuerza incontenible.

Cuando Juan Palomar tenía 13 años,
ya sabía lo que era un tatuaje
y cómo y de qué manera ardía
el órgano más grande de su cuerpo.
Que “sarna con gusto no pica”
como le decía la abuela, y que
desde entonces tenía toda la vida
para arrepentirse, porque lo que
entonces lucía como un trofeo
lo tenía dibujado para siempre.

A los 13 años, Juan Palomar
coleccionaba estrellas
en un cuaderno, y sabía
de memoria dónde estaba
la Cruz del Sur
las 3 Marías
y las constelaciones
que marcaban a fuego
su firmamento.

Sabía lo que era un solsticio
una lluvia de estrellas

un cuásar
y que ese racimo de luces
que veía en el patio
de su casa, sólo eran cadáveres
de antiguas luminarias
consumidas hace siglos
o años luz, según se miden
los asuntos del universo.

Cuando Juan Palomar tenía 15 años,
el amor de las muchachas
lo tenía en vilo, como antes
lo tenían las estrellas
y las constelaciones.

Entonces su cielo de luminarias
estaba en los baldíos
en los teatros vacíos,
en los huecos de la ciudad
en las travesías nocturnas
por los bares del suburbio,
en las casas abandonadas
y en las azoteas prestadas
donde cabalgaba su corazón
y latía la vida desbocada
bajo los inmensos plenilunios de marzo.

Trueno y rayo se juntaban
y andaba por el cielo
como un huracán, un tornado,
una veleta loca
un trompo

bajo la lluvia torrencial
o entre la niebla;
a un metro del piso
porque entonces nada ni nadie
lo detenía,
en aquel festín de besos y abrazos
volando de rama en rama
como un pájaro claro y sonoro
ligero por el aire
de las cuatro estaciones de su patria.

A los 18 años, Juan Palomar
sabía lo que era el amor a medias tintas,
las tintas cargadas
en una sola noche de pasión
la soledad en los huesos
cuando una mujer, loca como un tornado,
huía de su pecho
en plena madrugada, dejando
la cama revuelta y la ventana abierta
de par en par
por donde entraba como un látigo
el viento frío de la ausencia.

Entonces supo lo que era la soledad
en los huesos
en los zapatos
el frío en su frente irrenunciable.
Que las tormentas del amor
dejaban marcas en la piel
que las noches de insomnio
dejaban ojeras delgadez mal vino

dolor en los puños
que golpeaban puertas
y ventanas
que nunca más abrieron.
Y que entonces podía caminar
con agua en los zapatos
arena en la garganta
pedregullo en sus bolsillos,
con pájaros muertos
en una bolsa de arpillera sucia
atravesando la ciudad
como un mendigo, un paria
un solitario y delgado enterrador
maldiciendo entre dientes, el nombre
de una mujer loca, que huyó de su pecho
como un tornado
en medio de la madrugada y sin avisar.

Entonces Juan Palomar comprendió
la diferencia entre querer y poder.
Que una mujer un amor un golpe insensato
podía robarle el aire, el corazón,
desarmarle los huesos la mirada,
secuestrarle la risa
golpearlo nueve meses hasta parir
un charco de agua negra.
Que como cualquiera se podía morir
temblando, a media tarde o silbando
frente al río sin darse cuenta,
o durmiendo y que nadie se enterara.
Que nada, ningún dolor ajeno,
duraba en la piel de los otros

más de tres semanas,
porque simplemente había que seguir
como se podía o como le enseñaron,
porque el cielo nunca se detiene.

Entonces comprendió que no era inmortal.
Que las agujas oxidadas
en la vieja torre de la catedral
marcaban los límites
la precariedad de la existencia,
y que la vida era algo serio
y transitorio
y que las nubes del cielo
y la llovizna que pasaba
y los charcos de agua
que se evaporaban,
le susurraban al oído
que su vida era intensa y breve
como el llanto,
y que tan sólo era viento
de paso por la tierra.

IV

SIETE COLORES PARA MI FRENTE

(o las 7 razones que mantienen vivo a Juan Palomar)



LOS VERANOS

“Podría tocarlos con las manos
con sólo estirar mi brazo”,
decía Juan Palomar, cada vez
que alguien le preguntaba
por los veranos, los suyos,
claro.

Entonces Juan Palomar cedía,
perdía pie en la tarde,
entrecerraba los ojos,
inclinando la cabeza hacia
el lado del corazón, donde
tenía amarrada su patria,
su casa, un pedacito de cielo
donde colocaba la vida que
más le gustaba, donde silbaba
y sonreía sin parpadear
mientras sonaba en su alma
una canción un tango una
canzonetta, que lo dejaba
anclado en un lugar preciso
con brisa fresca, una brisa
fresca que no hacía daño
y trepaba por todos
los peldaños de su frente.

Entonces de pronto, interrumpiendo
lo que cantaba, Juan Palomar decía:
“Pará. Pará”...”Ahí viene
el olor de los jazmines”.
Cada vez que alguien le preguntaba

por los veranos,
los suyos, claro.
¿De quién más, sino?

EL OLOR DEL PUERTO

Le gustaba como a casi nadie.
Y ese olor lo seguía
a todas partes, o acaso
lo seguía a él, o lo buscaba
sin que lo supiera, y le golpeaba
la puerta del cuarto
y lo sacaba
y se lo llevaba hasta verlo
de cuerpo entero.

“Aquí estamos” decía Juan Palomar
y entonces el olor del puerto
se le metía por todas partes:
por las abreviaturas de su nombre
por las alcancías
por todas las cosas que tenían
la forma de Juan Palomar, o de
Palomar a secas:
Palomar en la playa
Palomar en la vuelta ciclista
Palomar con Obdulio Varela
y foto enorme de Maracaná
detrás de ellos.

Juan Palomar en la cubierta
cuando vino el “Cristófolo Colombo”.
Juan Palomar y las cuerdas
gruesas de los muelles
y los depósitos
y el agua llena de aceite

y alquitrán,
ése olor danzando cerca
y fuera de su cuerpo.

A Juan Palomar le gustaba
como a nadie el olor del puerto,
y cada vez que alguien
le preguntaba qué era ese olor,
Juan Palomar se encogía de hombros
y tratando de ser cortez, decía:
“Eso” “El olor del puerto”
y lo aspiraba
como si no lo pudiera dejar,
por nada de las cosas
de este mundo.

EL OLOR DE LA LLUVIA

Algo crece en el cielo y flota
en el aire, dulzón, cargado de sonidos.

Hay olor a lluvia en los zapatos
en los balcones, en los zaguanes
de la memoria, en las mañanas
–que siempre son de noviembre–
en las tardes de otoño
–que siempre caen en Abril–.

El olor de la lluvia en el aire húmedo.
El olor de la lluvia cuando canta el día,
y enmudece el crepúsculo.

El olor de la lluvia cuando repica
en los balcones,
en el adoquín gastado.
Cuando cae en la gramilla,
sobre el manto de hojas
que dejan los plátanos del barrio.

Hay olor a lluvia en los patios
de las escuelas
donde conversan todavía, el ceibo,
el jacarandá y el olivo.

Hay olor a lluvia en las azoteas
en las piezas del fondo
en la ropa los muebles
las alacenas de la casa amarilla,

y se extiende a las calles más tristes
a las grandes salas de los hospitales
a las casas de inquilinato
llenas de escaleras
a los suburbios de la muerte
donde las niñas de 7 años
rezan a cuatro manos
para que no llueva, al menos,
de forma torrencial.

Algo crece en el cielo y flota
en el aire, dulzón, cargado de sonidos.

Hay un olor a lluvia en los zapatos
en los balcones con macetas
en los zaguanes de la memoria
donde comenzó todo.

CIELOS

Porque llevaba en un bolsillo
de su camisa blanca
los cielos metálicos de Bolinches
y en los gastados bolsillos
de su pantalón de lana
las inmensas lunas de Cúneo

Por eso sabía que era
de ese lugar del río
donde la Cruz del Sur
hace una pequeña curva
y se mete en el corazón
de un solo golpe.

CIELOS, II

“Ahí está la Cruz del Sur”
decía Juan Palomar
señalando al cielo desde
un patio alquilado.
“Ahí está la Cruz del Sur
y allí está mi casa”.

Entonces de golpe
su rostro elemental, se ensombrecía
y su aire tenebroso
desafiaba los naufragios.

Debo haber nadado toda la noche, decía;
debo haber nadado durante el sueño
buscando mi casa, porque las sábanas
están mojadas
y mi piel tiene el olor del río
cuando está revuelto.

“¿Crees que he crecido durante
el último naufragio?”, dijo
Juan Palomar al espejo
que se empañaba.
“Porque dicen que los muertos,
aún así, aumentan
considerablemente su estatura
y recuperan su color original.

“Ahí está la Cruz del Sur”
dijo Juan Palomar, al despertar.
“Y ahí está mi casa”.

CIELOS, III

Cada vez que Juan Palomar despertaba
y veía el cielo limpio, recién pintado,
decía a viva voz: “Dios volvió a tender
el telón del mundo”.

En la patria musical que entonces reinaba
en su pecho, sólo cabían pájaros,
el lejano sonido de una ola llegando
a la orilla de una playa, el movimiento

del agua, apenas provocado
por la repentina aparición
de la presencia humana.

Lo demás, torrencial:
El aire puro
La luz monumental
La vida imponiéndose
con su fuerza arrolladora.

Y Dios, cruzado de piernas
mirándose las uñas.

LUNAS

“Todas las lunas tienen lugar en mi pecho”
decía Juan Palomar, en la puerta
del viejo almacén de ultramarinos, años A.
Muchos años antes que lo golpearan
en las manos, los fabricantes de escombro.

“Lunas eran las de antes”, decía Juan Palomar.
“Cuando aparecía al final de la calle
o al costado sur de la autopista.
Cuando todavía se veían las estrellas
y la luna menguante
era una cuna perfecta
meciéndose en las alturas del cielo.

“En esta ciudad sin balcones, donde
inútilmente aguardo la llegada de la lluvia,
ya han sepultado la mitad del firmamento
y la basura sideral, viaja
a velocidad de crucero
hacia los confines del universo”.

“Lunas eran las de antes,
plenilunios enormes
del tamaño de una ciudad,
lunas amarillas como girasoles
como escarapelas
en el pecho de un cielo novísimo”.

¿Cómo olvidar? ¿Cómo no recordar?
Si sólo bastaba levantar la mirada,

extender el brazo
y que la luna de marzo
se posara sobre mi mano,
despacio como un pájaro,
y pudiera sentir, alegremente,
cómo latía el universo.

V

LAS PREGUNTAS DE JUAN PALOMAR

*Pero ¿qué importa si el universo se expande interminablemente o se contrae?
Eso es asunto sólo para agencias de viajes.*

JAIME SABINES

Todo lo que puedas imaginar es real.

PABLO PICASSO



Cuentan que en las paredes sin revocar de su casa, se encontraron cientos de pequeños papelitos con preguntas; como en un muro de los lamentos particular.

Se descubrió también, poco tiempo después del derrumbe, que las preguntas provenían de épocas diferentes; algunas tan distantes que, por su caligrafía podían remitir a los días de su infancia; otras, en cambio, que conservaban el mismo candor, se dedujo que Juan Palomar, en esencia, no había cambiado un ápice, para suerte y fortuna de todos los demás.

¿Por qué no podemos subir con un andamio al cielo
y pintar las estrellas que faltan?

¿Por qué no nos dedicamos ahora mismo
a planchar las arrugas del tiempo,
y con las 3 o 4 horas que nos sobren,
sembramos margaritas?

¿El gato es limpio o tiene un inmenso pudor?

¿Quién diseñó la forma de los pájaros?
¿La suavidad del pelaje?
¿Cómo saben los pájaros dónde está el viento?
¿Quién tendió el cielo?
¿Quién lo estira cuando se arruga después de una tormenta?

¿De dónde sale el viento? ¿Y dónde se esconde?
¿Duerme? ¿O se dedica a viajar por el mundo?

¿Quiénes son los abuelos de la lluvia?

¿Quién talló las gotas de rocío?

¿Quién ordenó las estrellas en el cielo y las fijó para que no se movieran?

¿Quién dijo: tú aquí. Y tú, allá... más lejos... un puñado de estrellas, como un collar, así?

¿Quién desordena el cielo los días de tormenta?

¿Quién dispara los relámpagos en el cielo?

¿Quién determina el ritmo de los relámpagos?

¿Quién hizo el molde de las nubes?

¿Dónde guardan el agua de lluvia que sobra?

¿Quién estableció la cantidad de pétalos de una rosa?

¿Quién dibujó la rosa?

¿Por qué el cangrejo camina de costado?

¿Quién hizo agrio al limón? ¿Dulce al higo? ¿Áspero al pomelo?

¿Quién arrugó con un puño las nueces por dentro?

¿Quién despeinó el cabello de la lechuga crespa?

¿Quién coloreó la remolacha?

¿Quién determinó que tengamos 206 huesos en vez de 1732?

¿Por qué los labios son más calientes que los pies?

¿Cómo saben las aves cuando deben detenerse?

¿Cómo saben las raíces de los árboles dónde buscar el agua?

¿Quién encendió el primer latido del corazón?

¿Quién determinó que la piel de los párpados fuera más fina para que no pesaran tanto?

¿Quién determinó la duración del día, de la noche, del alba?

¿Quién le puso horario al día, a la noche?

¿Quién le puso fecha de vencimiento al fémur, a la tibia, al peroné?

¿Y a los cabellos que encanecen?

¿En qué rincón del ADN, está escrito el día de nuestra muerte?

¿Quién diseñó al huracán para que girara como un trompo enloquecido, y con su melena dislocada, arrastrara todo de la tierra?

¿Dónde duerme el viento cuando le viene sueño?

¿La lluvia tiene casa, o es una eterna y errante aguafiestas?

¿Tienen los ángeles alas de repuesto?

¿Quién pone cataplasmas en las sienes cansadas de Dios?

VI
EL CAZADOR DE IMÁGENES



FRÍO

La noche es oscura y arde
como una fogata debajo
de la piel.

Bajo el agua impertinente
de la lluvia
tres niños saltan en un charco.

Todos, sin excepción
tienen una costilla menos.
¡Incluso la niña!

LA SOPA AGRIA

La sopa agria.
¡Qué crimen! ¡Recién hecha!

Algo ha muerto.
Algo ha muerto.

El vapor sube al cielo.
El vapor sube al cielo.

Y golpea
golpea
golpea.

SEÑALES

Un pájaro muerto
en el patio
de mi casa.

Problemas en el cielo.

NO ESTOY SOLO

a Héctor Santos

No estoy solo.
Dios está conmigo.
Siempre.

En todo caso
me falta tu presencia
mujer
tu mirada cuando regreso
del mundo

tu silencio cuando vuelvo
al ruido.

Pero no estoy solo.
Nunca.

¿QUÉ HACEN?

Se ha desbordado el río.

Los peces, todos, luchan
por sobrevivir, nadando
contra el cordón de las veredas.

¿Qué hacen? ¿Qué hacen?

PERCHAS

Un pájaro atravesado
por una percha metálica
no puede ser colgado
en ningún armario.

Tampoco en las ramas
de los árboles.

ALGUIEN AMASA ESTAS NUBES

Alguien amasa por mí esas nubes.
Hace un bollo
y lo pone al costado del cielo
para que pueda ver las estrellas.

LASTRE

Domingo.

Un lastre lúgubre
no se despega del aire
aunque el cielo
ahora limpio
deja ver las primeras estrellas.

Algunos regresan a sus casas.

Dos o tres luces
en los viejos edificios.

Alguien bosteza sin ganas.

Alguien, también, se suicidará hoy
sin que podamos hacer nada.

Es domingo.

ESTRELLA FUGAZ

Una estrella fugaz
cruza el cielo,
de este a oeste
donde late tu vida
serenamente.
Corro la cortina
y entro.
No puedo pedir siempre
el mismo deseo.

CUATRO POEMAS DE LA TIERRA



DEUDAS

Cuando Juan Palomar se esteró
que tenía deudas que él jamás
había contraído,
preguntó a su padre
preguntó a su abuelo
preguntó a su tío
y como nadie contestaba
y como nadie lo sabía
fue en busca de los síndicos de turno
de los mandamases
de los mandatodo,
de los clasificadores de nervios
de los suministradores de ansiolíticos
de los empresarios de la desilusión.

Cuando Juan Palomar entendió
que tenía deudas hasta el cielo de su vejez
deudas que no eran suyas, ni de su padre,
ni siquiera de su abuelo palomar
ni de su tío paloma, ni de su vecino
quemado por los violentos soles del campo,
hecho trigo, remolacha, caña de azúcar, latigazo,
fue en busca de los economistas,
y los encontró
encerrados en un altísimo edificio de ónix,
blindado por dentro y por fuera.

No podían hablar con nadie.
No podían gesticular tampoco,
ni mover la cabeza o las cejas

delante de una cámara de televisión
ni dar, siquiera,
una breve y fugaz entrevista.

Deudas.

Deudas de sal, algodón, minerales.

Deudas de petróleo y alcachofas

deudas de arroz, madera, cítricos

de las caras agrias,

deudas de cemento, de ventanas

de puertas giratorias

deudas de arsenales

deudas de ataúdes y bacterias

deudas en rojo demoledor

deudas en violeta alarmante

deudas en negro

en of short

en las Bahamas

deudas que tenían ahora

los pájaros del barrio

los diarieros

los puesteros de las ferias

los obreros de los andamios

deudas que ahora tenían

las naranjas

las manzanas

las cebollas

los paraguas

el ganado vacuno y testicular

los buzos la lana las ovejas

las bufandas

los peces

las palomas...

Todos los balcones de las casas
todas las veredas
todos los barcos del puerto
todo el puerto
la mitad del cielo
el aire, también, tuyo y mío.

Deudas que Juan Palomar
tenía por delante,
en ese páramo de sal
donde alguna vez
hubo tres hamacas
un tobogán naranja
una calesita
con caballos de madera,
y la cara sólo le dolía
por el frío del invierno.

HIROSHIMA SIN AMOR

Cuando Juan Palomar vio con estupor
las fotos de Hiroshima
lo primero que pensó
fue en la madre del piloto
que tiró la bomba,
se acordó de la Enola
que lo parió,
comparó estados de ánimo
condecoraciones
pensó en la cantidad de almas
que subieron al cielo
a las ocho y cuarto de la mañana
todas juntas y sin avisar.

Y luego, como si fuera poco,
le dolió en la ingle
la rendición de un país
la humillación
la victoria del piloto
la sonrisa de su madre
que parió
la desgracia de haber parido
al que tiró la bomba
en Hiroshima sin amor.

LAS PÉRDIDAS

En los libros de historia, Juan Palomar
vio que había rostros con familias detrás,
y sueños rotos
y lluvia en los bolsillos
y lágrimas y lluvia
donde no había bolsillos.
Y Juan no entendía eso de la guerra.
Y mucho menos que le sacaran
fotos al dolor,
que se prestaran a fotografiarse
con la cabeza vendada
con media pierna al aire
con tres dedos en una mano
cuando había nacido con cinco;
cinco dedos que su madre había contado
después de nacer,
cinco dedos que su madre había besado
después de nacer, uno por uno,
hasta terminar de contarlos,
de besarlos uno a uno
mientras los volvía a contar
y agradecer al cielo
que fuera sano y fuerte
en un mundo con sueños rotos
y lluvia en los bolsillos
por culpa de la guerra.

DOLORES

A Juan Palomar le dolían
los huesos de los demás,
más que su fémur oxidado
más que su clavícula torcida
más que su costillar endeble
por los golpes.

“No podés vivir así” le decían.
“Con esa amargura en los dientes
en el paladar
en las rodillas, no podés vivir.”

Cada vez que le dolían los huesos,
Juan Palomar pensaba: “esto que duele
no es la humedad” “¿Qué va ser?”

En todo caso, la humedad
de los otros, la fragilidad
de los otros, la media ración
de los demás.

A Juan Palomar le dolían
los huesos de los otros.

A veces, por la calle,
o en su casa,
sentía un dolor en el pecho
o en las rodillas
o en las costillas
los omóplatos

las caderas,
entonces sabía que a alguien
le estaba doliendo también,
lejos o cerca de su dolor
lejos o cerca de su corazón
tenso
atento
como un tambor de lata,
para que suene estridente
por toda la tierra.



SOBRE EL AUTOR



Jorge Palma. Poeta, narrador, periodista y divulgador. Ha publicado once libros de poesía. *Entre el viento y la sombra*, 1989. *El Olvido*, 1990. *La Vía láctea*, 2006. *Diarios del cielo*, 2006. *Lugar de las utopías*, 2007. *La voz de tus ojos es más profunda que todas las rosas*, 2018. *El testamento de las mariposas*, 2020. *Entonces noviembre*, 2022. *Papeles invisibles a la luz de la luna*, 2022. *En el nombre del Padre*, 2023. *Sólo vine a mostrarte como late el corazón de un pájaro*, 2023. Además de un libro de cuentos, *Paraísos artificiales*, 1990. Su poesía ha sido

publicada en varias revistas latinoamericanas y de otros países del mundo. *Letralia* (Venezuela). UNAM (Mexico). *Akzente* (Alemania). *Wasafiri* (Inglaterra). Fue coordinador para Uruguay de la revista *Caravansary* (Colombia). Su poesía está traducida al inglés, francés, italiano, árabe, rumano, macedonio, húngaro, griego y alemán. Ha participado en diversos festivales internacionales de poesía como los de La Habana (Cuba), Struga Poetry Evenings (Macedonia), Granada (Nicaragua), Africa Poetry (Durban/Sudafrica), Trois-Rivières (Canada), Ciudad de los anillos (Santa Cruz de la Sierra/Bolivia), Wine & Poetry, Colchagua (Chile), II Coloquio Latinoamericano de Literatura. Universidad Nacional de Tumbes (Perú), XXVI Encuentro de Poetas Iberoamericanos Ciudad de Salamanca (España-2023), IX Festival Internacional de Poesía de Shanghai (China, 2024). Accésit Premio Pilar Fernández Labrador, 2022. Salamanca. España. Por el libro: *Papeles Invisibles a la luz de la luna*. III Premio Rey David de poesía Bíblica Iberoamericana, 2023. Salamanca. España. Por el libro: *En el nombre del Padre*.



Las quimeras de Juan Palomar , de Jorge Palma, se terminó de ensamblar en mayo de 2025. En su composición se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24, 30.





2025



Colección Libros Imposibles
2025